

del padrino, ambos con sus largas capas, prenda indispensable en los lugares en toda gran solemnidad, aunque ésta se celebre en el mes de Agosto. La novia ostentaba vanidosa su falda de merino negro, su gran pañolón de Manila rojo, con flores de colores vivos, mantilla de casco y los consabidos pendientes de botón con chorros de aljófara. La madrina ejercía con gravedad su cargo y arreglaba de cuando en cuando algún detalle del traje de la novia, que, justo es confesar, estaba muy linda, y lo hubiera estado igualmente aun sin aquellos atavíos. Bien se lo demostraban las miradas que la dirigía el futuro esposo y los murmullos de admiración que se oían á su paso entre los vecinos no invitados, que se agolpaban para verles dirigirse á la iglesia.

Celebróse el acto religioso con la mayor solemnidad y recogimiento, á pesar de la gran concurrencia, pues como la boda era de mucho *rumbo*, estaban convidados todos los parientes de ambas familias, que eran numerosos, y además los amigos íntimos. Concluida la misa, púsiéronse otra vez en marcha, repitiéndose á su regreso las exclamaciones de satisfacción arrancadas, ya por la belleza de la novia, ya por la gallardía del novio y por los trajes y porte de los demás individuos. Llegados á casa de la novia, sacaron las parientas ancianas amplias bandejas de chocolates y bizcochos, que tomó cada cual á la salud de los recién casados, las señoras sentadas al rededor de la sala, sin quitarse las mantillas, según allí era uso, y los hombres en el portal, de pie, con sus largas capas puestas. Arreglóse el programa para todo el día, que era bailar sin descanso hasta las doce de la noche; programa que hizo batir palmas á las muchachas. Sacó el padrino los tabacos repartiendo con profusión á los hombres, mientras la madrina, con una bandeja reluciente como el oro, distribuía con gran seriedad entre las mujeres, grupos de alfileres con cabezitas de colores, contados ya de antemano, seis á cada señora. Es tanta la importancia que se da en toda la Mancha á esta costumbre de repartir alfileres en las bodas, observada de padres á hijos desde tiempos remotos con religiosa fidelidad, que no hay boda, por miserable que sea, en que no se cumpla.

En la presente ocasión, quizá por lo numeroso de la concurrencia, ó por estar ausente durante el reparto una prima del novio, la madrina dió por terminado el reparto, sin dar á aquella *ni un alfiler*. La ofendida reclamó en el acto creyéndose menospreciada; en vano alegó la repartidora que no había sido tal su intención; insultáronla los hermanos de la olvidada; defendióla su marido, y aunque en un principio trataron los demás de cortar la discusión, ésta se fué agriando cada vez más, hasta pasar de las palabras á los hechos. La gente se dividió en dos bandos, según el parentesco de los no-

vios, porque la familia de la novia se unió naturalmente á la madrina, y aquel día tan agradablemente comenzado, aquel día del más alegre mes del año y de la más hermosa aurora de un matrimonio, se vió bien pronto manchado de sangre. Hubo una verdadera contienda entre ambos bandos, de la que resultaron un muerto y dos heridos. El pueblo entero acudió con su autoridad á la cabeza, pero ya era tarde; hiciéronse sin embargo varias prisiones, formándose una causa judicial por injuria y asesinato, y hasta el joven matrimonio vió aflojarse los dulcísimos lazos formados por el cariño, porque la voz de la sangre les hizo tener discordias aquel mismo día.

En los siguientes continuó habiendo diarias quimeras; en lugar de calmarse la excitación causada por una pequeñez, iba cada vez en aumento, de tal manera, que temerosas algunas familias de ver comprometidos á sus hijos ó hermanos, se trasladaron á la capital; otras fueron á establecerse á los pueblos inmediatos, y poco á poco se cerraron las casas de los mejor acomodados por ausencia de sus dueños. Llegó el invierno: sus torrenciales lluvias causaron desperfectos en los edificios, que no fueron reparados; empezaron algunos de éstos á ruïnarse, y al cabo de diez años, como la mayor parte de las casas eran de adobes y cal, no quedaban en pie más que la iglesia, la escuela y algunas seis ó siete casas particulares, que desaparecieron en breve tiempo.

En aquel frondoso terreno en que se alzara un lugar tranquilo, un pueblo unido y laborioso, no quedan hoy más que las hermosas y ricas huertas que le rodeaban, cuyos hortelanos ni aun tienen allí su residencia, estando vecindados en el pueblo inmediato. Generalmente se organizan en aquel delicioso sitio días de campo y bulliciosas jiras; en una de ellas supe la historia que acabo de referir, y que me hizo reflexionar cuán pronto se suceden el pesar á la alegría; ¡de qué poco dependen la felicidad, la fortuna, la familia!

¿A qué terribles reflexiones no se presta la desaparición de un pueblo de cuatrocientos vecinos, causada por un insignificante alfiler?

CÁRMEN GIL DE LA CUESTA.

## LA MAÑANA.

Tiende el sol cuando amanece,  
Gasas de oro en la esmeralda  
De los campos, la humedece  
Con sus perlas, y parece  
Cada campo una guirnalda.

Caen sus nacientes fulgores  
Sobre el templo solitario,  
Y es florón de resplandores